

las antiguas posesiones del reino de Nápoles, no lo tenían y en sostener la liga de Cambray, convirtió en enemigos sus aliados y en nuevos aliados sus primeros enemigos. Tales fueron al menos sus procedimientos contra los franceses.

Por lo que hace á Gimenez de Cisneros, la modestia que manifestó al llegar á España le grangeó mas reputacion que cuantas acciones brillantes habia ejecutado en Africa. Fué tal, que impuso silencio y causó admiracion á sus mismos émulos, y aun á sus mas declarados enemigos. Hasta entonces se le habia acusado de vanidad; y se echó de ver que lo que es efecto de esta pasion en las almas comunes, procedia en él de la profundidad de sus designios y de la elevacion de sus pensamientos. Mostró siempre, no un desden afectado, sino aquella indiferencia natural que no puede ser obra del arte, asi en las alabanzas directas, como en todo lo que es capaz de lisonjear á las almas mas delicadas. Habiéndole convidado el rey á que pasase á la corte á recibir los honores que merecia por los servicios inestimables que acababa de hacer al Estado y á la Religion, le dió gracias sencillamente, y le suplicó llevase á bien que fuese á descansar de sus fatigas en el seno de su amada grey. En efecto, tomó el camino de Alcalá, ciudad de su diócesi, ó por mejor decir, fué á ella por caminos escusados, á fin de huir del concurso de los pueblos y del magnifico recibimiento que le preparaban todas las ciudades por donde

tos que pudiera abrigar el emperador Maximiliano; y al decir luego que el rey católico convirtió en enemigos los aliados se olvida de lo que poco despues añade, á saber, que esos enemigos se quedaron reducidos á los franceses y el emperador, y que con el rey de España estaban el Papa, el rey de Inglaterra, los suizos, etc.—Pero seria interminable y fastidioso detenernos en refutar todas las acusaciones de nuestro autor contra Fernando; asi nos parece preferible suprimir en adelante las injustas calificaciones que se permitia. (N. del E.)

habia de pasar. No quiso que se le hiciese ninguna funcion ni obsequio en Alcalá, no obstante que era señor de ella, asi en lo temporal como en lo espiritual. Si alguna vez le hablaban de sus victorias, y se le daba el nombre de defensor de la Religion y vencedor de los infieles, atribuía siempre sus triunfos á las oraciones de las almas humildes y piadosas.

Entre los grandes de Castilla que hasta entonces se habian declarado contra Gimenez, hubo muchos que se hicieron panegiristas suyos, y algunos que quisieron emparentar con él por tener parte en su gloria. Concedió la mano de su sobrina Juana de Cisneros á un caballero de la casa de Mendoza, una de las mas ilustres de España, y la dió un dote conveniente, aunque no tan considerable como hubiera podido dárselo, y aun para esto hubo que vencer muchas dificultades, sin embargo de que era naturalmente generoso, porque estaba tan persuadido de que los bienes de la Iglesia solo deben emplearse en buenas obras, deduciendo lo que se necesita para la modesta manutencion del titular, y hasta entonces habia arreglado tan inviolablemente su conducta á esta máxima, que siempre estaba temiendo contravenir á ella; de suerte que no se resolvió á ello hasta que se le hizo entender, que lo que daba á su sobrina no equivalia con mucho á lo que debia percibir del botin de Oran, y que de estos bienes podia disponer con entera libertad. Pero quiso iademnizar, por decirlo asi, á la Iglesia y á los pobres de lo poco que daba á sus parientes: á cuyo efecto edificó casi al mismo tiempo varias iglesias, y adquirió muchas posesiones para su universidad de Alcalá, tan útil á la Religion. Este hombre extraordinario, fecundo en invenciones ventajosas á los pueblos, formó tambien y realizó el proyecto de los pósitos del reino. Las profundas reflexiones que hizo, fundadas en una triste y

larga esperiencia, le convencieron de la necesidad de proporcionar á Castilla la Nueva un fondo de subsistencias menos desigual que sus cosechas anuales: mandó construir en Toledo unos almacenes espaciosos y magníficos, de los cuales hizo donacion á la ciudad; puso en ellos á su costa cuarenta mil fanegas de trigo para que se distribuyesen á los pobres en caso de carestia, y dejó un fondo para reponer perpétuamente esta cantidad de granos. Lo mismo ejecutó, á proporeion de los lugares, en Alcalá, en Torrelaguna, su patria, y en Cisneros, de donde tomaba nombre su familia. El acueducto que hizo en Torrelaguna para conducir á ella las aguas de que escaseaba, las demas obras útiles con que hermoseó aquel pueblo, además del almacen de trigo ó el pósito, le costaron cerca de un millon de reales. De este modo, despues de haber escitado Gimenez la admiracion de su siglo como general y conquistador, se portó tambien á los ojos de la fé y de la inflexible razon como buen pastor y padre del pueblo.

El Papa Julio, que se hallaba ya en posesion de las plazas y territorios usurpados por los venecianos, no se contentó con quebrantar el tratado de Cambray y volver la espalda al rey de Francia, sino que formó contra esta nacion el proyecto de una liga, en que debrian entrar con él el emperador Maximiliano, los reyes de Aragon é Inglaterra, y los suizos (1). Maximiliano tuvo sus razones particulares para no tomar parte en esta confederacion. Las circunstancias singulares en que se hallaba Fernando le obligaron á declararse á favor del Pontífice. Habiéndose negado á los suizos el aumento que pedian de ochenta mil reales sobre la pension que les daba la Francia, bastó esto para que se separasen de Luis XII. Enrique VIII, rey de Inglaterra, desde el dia 22

(1) Marian. lib. 29; Guicci. lib. 8 y 9. B. del C., tomó XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

de abril del año 1509, en que murió su padre Enrique VII dejándole inmensas riquezas; príncipe jóven, naturalmente entusiasta, estremado en sus resoluciones y precipitado en su conducta, como se verá mas adelante, se preciaba entonces de una adhesion sin limites á la Santa Sede, y descendió gustoso con los deseos del Papa, ya porque se trataba de incomodar á una potencia que la Inglaterra miraba como rival, y ya tambien porque con los ahorros de su padre esperaba conseguir el fin que se proponia. Concluyóse, pues, sin dificultad la nueva liga, destinada á arrojar enteramente de Italia á los franceses.

Se creyó, no obstante, que la muerte del cardenal de Amboise, ocurrida en estas circunstancias, podia causar alguna novedad en las disposiciones del Papa, el cual se suponía estaba principalmente irritado contra la Francia por la total confianza que hacia Luis XII de su ministro. El cardenal de Amboise, digno de mas larga vida, murió en el año 1510, á los cincuenta de su edad, en la ciudad de Lyon, donde se vió precisado á detenerse con motivo de un cólico y de la gota que le atormentaba cruelmente. En su testamento, que se habia otorgado algunos meses antes, institua por universal heredero á su sobrino el señor de Chaumont; pero declarando en términos espresos, que todo lo que se hallase procedente de los bienes de la Iglesia se distribuyese entre los pobres, que son (añadia) sus legítimos herederos. Las mandas que dejaba á favor de los infelices y de una multitud de iglesias, disminuian considerablemente del total de cien mil escudos los bienes que procedian de las rentas de sus empleos y de la generosidad del rey. Se asegura que jamás pidió nada á su amo, y que si recibió las gratificaciones que le daba, fué solamente cuando conocia que en caso de rehusarlas se habia de ofender su magestad. No se es-

trañará que un ministro como este encargase á sus parientes que no solicitasen jamás el ministerio. Sintió mucho el haber empleado en estas brillantes funciones una parte del tiempo que hubiera deseado dedicar por entero al cuidado de su diócesis. Lloró el rey la muerte de su ministro y de su amigo, y mandó que se le hiciesen unas exequias magnificas. Se enterraron las entrañas en los celestinos de Lyon, y se llevó el cuerpo de aquel pastor amado á su iglesia de Rouen. Aunque el ministro de Luis XII no tenia una penetracion tan extraordinaria como el de Isabel, al cual igualaba en la probidad, y le escedia en la sensibilidad y en la dulzura de carácter, hizo una carrera, si no tan brillante, á lo menos tan ventajosa para el pueblo y mas tranquila. No se preciaba como Cisneros de caminar con rapidez al fin que se proponia, ni de conseguir las cosas á viva fuerza, sino que esperaba con paciencia, y se aprovechaba oportunamente del momento favorable para el logro de sus designios, y solo le parecia inasequible lo que ofrecia una imposibilidad absoluta. Cisneros y Amboise, por lo que hace á la gloria, siguieron su brillante fantasma una vez en la vida; el uno seducido por el extraordinario título de obispo conquistador (a), y el otro deslumbrado por el brillo de la tiara.

Lejos de contribuir la muerte del cardenal de Amboise á reconciliar al Papa y al rey, solo sirvió para hacer mas ruidoso su rompimiento. Pidió Julio los bienes que habia dejado el cardenal difunto, como un espolio

(a) Mas bien debiera decirse que no ese vano título sino el celo de la gloria de Dios, de la propagacion de la fe y del bien del Estado y acaso el deseo de morir combatiendo á los infieles, implacables enemigos del nombre cristiano, fueron los móviles de Cisneros para la conquista de Oran, y juntamente vencer las dificultades que le oponia el rey y estimular á los demas con el ejemplo poniéndose al frente de las tropas. Quien desee pormenores curiosos y edificantes acerca de esto, puede ver las *Crónicas* de San Francisco, tomo 8.

que pertenecia á los Papas. Respondió Luis, que cualesquiera que fuesen las prerogativas de los Papas, no se extendian á los bienes de los cardenales que muriesen fuera de los Estados de la Iglesia. Por lo demás, entre Julio y Luis habian mediado ya otros motivos de escision. Habiendo muerto en la corte de Roma un obispo de Provenza, el Papa habia dado el beneficio vacante á un sugeto que no era grato al rey. Pretendió este príncipe que aquella provision era contraria al tratado que habian hecho los dos, en el cual se decia que Su Santidad no nombraría para los beneficios sino á personas que fuesen del agrado de la corte de Francia. Convenia Julio en que eso se habia estipulado para las vacantes ordinarias, pero añadia que no se extendia á las que ocurrieran en la corte de Roma. Luis XII sostuvo que el cardenal de Pavia, ante quien se habia celebrado el concordato, habia estendido verbalmente el compromiso á todos los obispados que vacasen como quiera que fuese. Preguntado acerca de esto el cardenal negó el hecho, y el Papa quiso atenerse estrictamente á lo que estaba escrito en el concordato. Con este motivo el rey, á pesar de los avisos del cardenal de Amboise, habia hecho embargar todos los bienes eclesiásticos situados en el ducado de Milan cuyos titulares se hallaban á la sazón en Roma. El Papa, por su parte, habia rehusado dar el capelo á Luis de Amboise, obispo de Albi, que estaba ya nombrado cardenal, pero que todavia no habia recibido las insignias de su dignidad. Julio, persuadido de que la muerte del cardenal ministro dejaba en el consejo un vacío difícil de llenar, y que causaría, á lo menos por algun tiempo, mucha incertidumbre y perplejidad en las operaciones, dió orden á sus tropas para que atacasen inmediatamente á los aliados de Francia, hizo algunas tentativas contra Génova, donde habia guarnicion francesa, y saliendo mal

todas estas empresas, pidió al rey varias plazas que decia ser propias de la Santa Sede. Negándose el rey á restituir las ciudades que pertenecian á la Santa Sede y que él retenia contra el tratado de Cambrai (a), Luis XII fué simplemente excomulgado en el año 1510, y en este mismo año se celebraron las asambleas de Orleans y de Tours con un objeto hostil al Soberano Pontifice. En el año 1511 Luis XII prohibió á sus súbditos mantener relaciones con Roma, y dispuso se reuniese su clero en Lyon contra el Papa. En el mismo año se reunieron sus diputados en Milan con tres cardenales que le eran adictos, é indicaron un concilio general en Pisa, tambien contra el Papa. Al pasar Julio por Rimini tuvo el disgusto de ver allí los edictos de la convocacion que los cardenales, de acuerdo con la Francia, habian hecho de este conciliábulo en Pisa. Mas para oponer concilio á concilio convocó otro en Roma el 18 de julio de 1511 para el año siguiente. En el de 1512, en 21 de abril, la asamblea de Pisa, trasladada á Milan, que á la sazón estaba en poder de los franceses, declaró al Papa Julio suspenso de toda administracion pontificia y prohibió á todo cristiano, de cualquier condicion que fuese, obedecerle en lo sucesivo, porque era notoriamente perturbador del concilio, contumaz, autor del cisma, incorregible, obstinado, etc. En 16 de junio del mismo año publicó Luis XII en Blois unas cartas-patentes en que dice: «Queremos y mandamos se guarde y cumpla en todo su tenor el susodicho decreto en todo nuestro reino, pais, dominios, etc.» Además en 25 del mismo mes hizo se registrasen estas cartas-patentes. Hasta entonces no habia con-

(a) Si esto lo hubiera hecho Fernando el Católico, ya nuestro autor le habria vuelto á llamar «pérfido aragonés»; pero era Luis XII, era el rey de Francia, y á fuer de francés el autor no es extraño deje de aplicarle ese dictado.

tra Luis mas que una mera excomunion personal; pero Julio, viéndose reducido á los mayores apuros, publicó en represalias una bula del 26 de julio en que declaró excomulgado á este príncipe, entredicho su reino y absueltos del juramento de fidelidad sus súbditos. Diremos mas adelante dos palabras acerca de las asambleas de Orleans, de Tours, de Pisa y de Milan que legitimaron de antemano estas represalias terribles.

Mientras Julio II iba mandando las tropas que marchaban contra Luis XII, se ocupaba este príncipe, segun ya hemos dicho, en congregar prelados y doctores para que sentenciasen contra Julio. La junta ó asamblea que se habia convocado en Orleans, se trasladó casi inmediatamente á Tours (1510), y allí, sin mas demora, se decidieron una multitud de cuestiones espinosas propuestas por el monarca. Preguntaba con especialidad si un príncipe, ofendido por el Papa en sus derechos temporales, puede rechazar la fuerza con la fuerza; y aun apoderarse por algun tiempo de las posesiones de la Iglesia; si en estas circunstancias puede socorrer á sus aliados por los mismos medios; si en el caso de que confundiendo el Papa la autoridad espiritual con la temporal, pronuncie una sentencia y fulmine censuras, hay obligacion de someterse á ellas; y en fin, si abusando el Papa de su poder contra los Príncipes en la forma que se ha dicho, pueden estos retraerse de su obediencia, interrumpiendo con él la comunicacion acostumbrada y ateniéndose al derecho antiguo. La respuesta fué que podia egecutarse todo esto y que, en caso de semejante substraccion de obediencia, debia observarse la pragmática-sancion como fundada en los decretos de los concilios. Añadieron los prelados que era necesario ante todas cosas amonestar al Papa, segun las reglas evangélicas de la caridad; que si se obstinaba en su empeño, se le intimaria que convocase un concilio

general, y que entonces se podría proceder á la ejecución de lo que se había propuesto (1). La llegada del obispo de Gurk, ministro plenipotenciario del emperador Maximiliano, y uno de los mas célebres negociadores de su tiempo, solo sirvió para confirmar á Luis XII en el proyecto de convocar un concilio general. Hay quien asegura que este emperador había concebido el extravagante designio de hacerse Papa (2); y el docto Mariana dice positivamente (3) que el objeto de este príncipe en sus conexiones con el rey de Francia para la convocación de un concilio, era conseguir que fuese depuesto Julio y que le eligiesen á él en su lugar.

No se intimidó el Pontífice con lo que se intentaba contra él, antes bien, luego que llegó á su noticia fulminó públicamente censuras contra cualquiera que obedeciese el decreto del clero de Francia y contra los eclesiásticos que asistieran á sus juntas ó al concilio que quisiese celebrar. Excomulgó al duque de Ferrara vasallo suyo, aliado de Francia, á las tropas francesas que peleaban á favor del duque, y á todos los oficiales que servían en Italia, ya fuese bajo las banderas de Luis XII, ó ya los pagase este, aunque fueran mandados por otros. Pero al mismo tiempo experimentaba unas inquietudes y angustias crueles. Los Bentivoglio, á quienes el Papa había arrojado de Bolonia, propusieron al mariscal de Chaumont que sorprendiese esta ciudad mientras estaba en ella el Papa con toda su corte; y si no se hubiera retardado un día la expedición por la imprudente seguridad del mariscal, no se hubiese libertado el Pontífice de caer en manos de sus mayores ene-

(1) *Prueb. de las Libert. de la Iglesia Galie.* p. 397.

(2) *Monita. polit. ad S. I. R. Princ. Francof.* ann. 1609.

(3) *Mariano, l. 30.*

migos. Habiendo llegado Chaumont casi á la vista de Bolonia, se empeñó en diferir el golpe hasta el día siguiente, á pesar de las instancias que le hicieron los Bentivoglio para que entrase en la ciudad sin perder un momento; y esta dilación, junto con algunas proposiciones ilusorias de composición, frustró enteramente la empresa proyectada. Llegó en este intervalo un socorro de tropas españolas, que puso en libertad al Papa y llenó de ignominia al general francés por no haber saber sabido aprovecharse de una ocasión tan favorable. El sentimiento que le causó este suceso, y la mofa que de él hicieron en Francia, donde se atribuyó toda su reputación pasada al favor de su tío el cardenal de Amboise, le causaron una tristeza tan grande que bastó para quitarle la vida. Algunos días después de esta aventura estuvo también el Pontífice muy espuesto á caer en manos del caballero Bayardo, pues debió Julio su evasión á la casualidad ó al capricho del tiempo, que habiéndose revuelto de improviso, le obligó á retroceder, en vez de continuar el camino donde le esperaban. Habiendo tenido la fortuna de volver á incorporarse con sus tropas y con sus aliados, se mantuvo en el alto grado de poder á que así por su diligencia como por los esfuerzos de su predecesor Alejandro VI habían llegado los Pontífices romanos. Sin acordarse siquiera de los peligros á que acababa de estar espuesto, volvió á ponerse á la cabeza de algunas tropas, acompañado de tres cardenales, marchó al ejército que sitiaba á Mirándula, y se alojó en la cabaña de un aldeano, espuesta á la artillería de la plaza.

Estaba á caballo de día y de noche, sin embargo de que tenía ya setenta años, de que se hallaba muy achacoso, y á pesar de lo rigoroso del invierno y de la nieve y granizo que caía con frecuencia. Visitaba las trincheras, arivaba las faenas, animaba á los soldados, iba y venía continuamente á

las baterías, y por fin estableció su cuartel tan cerca de ellas, que las balas que llegaban mataron á muchos criados suyos. Ultimamente, se rindió la ciudad por falta de socorros (1511). Entró Julio por la brecha, como general vencedor, con toda la ostentación y vanidad que pudiera mostrar un militar de veinte años. Entretanto, fueron tan pocos los cardenales y obispos que concurrieron al conciliábulo de Pisa que en vez de ser considerados, aun por los que eran menos adictos al Papa, como personas que representaban la Iglesia universal y como jueces de los Sumos Pontífices, eran mirados como un conciliábulo de rebeldes y cismáticos, ni tuvieron jamás otro concepto.

No renovaremos aquí los tristes sentimientos que ha escitado en nuestros lectores la relación de las protestas, citaciones, moniciones, procedimientos y sentencias injuriosas pronunciadas en Basilea contra el Vicario de Jesucristo por unas asambleas tumultuarias de clérigos y degenerados prelados. Basta haber pintado una sola vez estos ultrajes prodigados á la Silla Apostólica. En una palabra, este concilio de Pisa, trasladado después á Milan y á Lyon, fué puntualmente en su época mas brillante lo que había sido el de Basilea y Lausana en el último período de su degradación. Cinco cardenales, quejosos del Papa ó condescendientes con los reyes, á saber, Brizonnet, Prie, San Severino, Carvajal y Borja, le convocaron en nombre del emperador Maximiliano y del rey Luis XII. Asistieron á él cuatro con poderes de otros tres, acompañados de los arzobispos de Lyon y de Sens, de catorce obispos franceses, de los abades del Cister, San Dionisio y algunos otros, de los diputados de las universidades de Paris, Tolosa y Poitiers, y de una turba inquieta de teólogos y juristas. Olet de Foix, señor de Lautrec, comisionado por el rey cristia-

nísimo, era el protector del conciliábulo (1511).

Por parte del emperador no asistieron embajadores ni prelados, pues aunque este príncipe mandó celebrar en Augsburgo una junta de eclesiásticos á favor de aquella empresa, la trataron en ella todos de sediciosa y cismática. Tal fué también la idea que se formó de ella en todas las naciones cristianas, sin exceptuar á los franceses. Después de la gloriosa y fatal batalla de Ravena, en que murió en el seno de la victoria á los veinte y tres años de su edad el valiente Gaston de Foix, duque de Nemours, y sobrino del rey de Francia, fué llevado á Milan con otros muchos prisioneros el cardenal de Médicis, que era entonces legado de Julio II, y después fué Papa con el nombre de León X; y no solo le trataron con honor, sino que la mayor parte de los militares franceses le pidieron humildemente la absolución de las censuras en que creían haber incurrido declarándose contra la Santa Sede (1). No se atrevían á enterrar en lugar sagrado á los camaradas que morían de resultas de las heridas, sin que les hubiese dado antes permiso para ello el mismo legado: todo lo cual se hacia á vista del conciliábulo, trasladado ya desde Pisa á Milan, y sin oposición ninguna de los que gobernaban la ciudad y todo el ducado en nombre de Luis XII. Dicese que este príncipe confesó un día al embajador de España, Gerónimo de Cabanillas, que aquella asamblea no era mas que un ardid para hacer que el Papa volviese en sí y se mostrase equitativo.

Este malhadado concilio tuvo ocho sesiones, y solo tres de ellas se celebraron en Pisa (2). Los habitantes de esta ciudad miraban á los Padres como excomulgados, y

(1) *Rain. an. 1512, n. 11.*

(2) *Act. II, Conc. Pis. p. 84 etc.*